

*Capitulo VI**Alumnos machotes, cien por cien...*

TOLERANCIA CERO

Escuela Nacional de Educación Técnica. Industrial Número 2. Alumnos machotes, cien por cien. Hablan de mujeres, fútbol, boliches y peleas. No hay diálogo sin golpes y *puteadas*. Recreos con empujón a cada metro.

Concurso de pedo y risotada en la hora libre. Concurso de orinar más lejos en los baños. Concurso de escupir o de eructar más fuerte. Concurso de *puteada* y *carajear* en el hablar. Alumnos machotes, cien por cien.

No hay llantos, no hay perdón y no existe el por favor. Un ex sargento del ejército opera como celador en Jefe. No baja de veinte minutos su exhortación diaria a los alumnos, alineados bajo el sol en el playón de actos. Le preocupa la gran cantidad de alumnos, luciendo llaveros con marcas "*tomadas*" de automóviles. Se los quitan a quienes los exhiben. Los vecinos del colegio, en sus casas y negocios, cierran las puertas y bajan las persianas cuando, a las cinco de la tarde, es la salida. Alumnos machotes, cien por cien.

Un puñado de sal gruesa y una batería de nueve voltios en el agua del inodoro. El infeliz que va a orinar, recibe una desagradable descarga eléctrica en su distraído pene. De todos modos, cualquiera que este en los orinales, difícilmente se salve de ser empujado hacia adelante en pleno acto, interrumpiendo el aliviante chorro. Alumnos machotes, cien por cien.

Bombitas de olor para suspender exámenes. Rompe portones debajo del pupitre del que está estudiando. Barniz fresco en el asiento del que se vino bien vestido. Materia fecal en el interior del que estrena portafolio. Alumnos machotes cien por cien.

Estoy en el Industrial a pesar mío. Mi padre decretó que fuese técnico mecánico. Prefiero la psicología, me apasionan filosofía y literatura. Pero a nadie importa aquello que prefiero.

Machotes que se dividen en "*leprosos*" y "*canallas*". Se pelean a muerte en la salida de las clases de gimnasia. No les importa el fútbol. Simplemente odian al que piensa diferente. Personalmente los detesto. No buscan cultivarse, ser mejores. Buscan imponerse, dominar como las fieras. Alumnos machotes cien por cien.

Progresivamente, voy aislándome. No soy rudo, machote y mal hablado como ellos. En poco tiempo, quedo perfectamente señalado. Se publica a cuatro vientos que prefiero *Wagner* antes que la *Cumbia*. No puede ser. Soy el distinto, el raro, el blando, el marica, el *concheto*, el infiltrado...

Mis mejores notas los ponen más furiosos. Tizas y gomas golpean por detrás en mi cabeza. *Cachetazos* en la nuca. Burlas. Sobrenombres. Comentarios afrentosos que

duelen y avergüenzan. Ni la privacidad de mi familia queda a salvo. Dolor, impotencia y llorar en los rincones. (*En silencio*)

Intento sentarme al revés, a lo *canchero*. Mascar escarbadientes. Escupir lejos, eructar sonoramente. Escuchar *Cumbia*. No soy yo. Y yo soy yo, carajo.

Jorge Martínez, hijo de un importante ferretero, pone un preservativo inflado en la cartera de la venerable profesora de inglés. Alguien me saca "*el petete*", mi mascota de trapo, del interior del maletín. Se lo pasan entre ellos burlándose de mí, hasta que desaparece. Lo encuentro en el cesto de basura, a escasos centímetros de la cartera de la *teacher*, justo cuando ella regresa.

Ella revisa su cartera. Gran escándalo. El sargento, transmutado a celador en jefe, brama y bufa enfurecido. Se congela y se detiene el curso de la clase. Todo se centra en una específica pregunta. *¿Quién fue? ¿Quién fue? ¿Quién fue?*

Como no surgen las respuestas, surgen amenazas. Quince amonestaciones para todos, es lo prometido. El noventa por ciento, puede perder el año. Gran conmoción. Luego de dos horas, permiten que salgamos al recreo. Al volver, saben perfectamente quién fue. Alguien "*botoneó*". Martínez, marcha a dirección.

Mientras espero el colectivo, siento una mano en mi hombro. Al darme vuelta, está la cara del "*picado de viruela*", un compañero "*de los peores*", que me larga en simultáneo una patada y una frase:

- *Sabemos que fuiste vos el que lo "botoneó" al Martínez.*
- *¡¿Qué...?!*

La "*patada*" que me dio, fue con zapato de punta de metal. Sentado, mientras viajo, compruebo en la pierna un moretón, grande como un huevo, y un hilo de sangre que chorrea hasta la media. (*¿Qué estupidez dijo? ¿Qué yo lo "botoné"?*)

Al otro día, nadie me saluda ni me habla. Estoy tranquilo, hasta que amigablemente uno me advierte, cuando nadie lo ve:

- *Están hablando que te van a fajar entre todos, cuidate...*

Sin embargo, por dos días nada pasa. Al contrario, no me hablan, no se mofan ni me insultan. Hay silencio en torno a mí. Hasta me siento bien.

Pero al tercer día, descubro que el momento se aproxima. Hoy, la tercera hora de clase será una hora libre. El profesor, falta con aviso.

Estoy preparado; hace calor, pero me puse otro pulóver más, para amortiguar los golpes. *¿Dará resultado?* Miro el reloj, y quisiera parar el tiempo y las agujas. Cada minuto me late más fuerte el corazón. Tengo miedo. Mucho miedo.

Comienza la hora libre. Sentado en el primer banco, casi ni me atrevo a darme vuelta. Tengo la boca seca, vacío el estomago y me cuesta respirar. Hablan tranquilos, muy tranquilos, entre ellos. Es la calma que precede a la tormenta. El celador se aburre y sale del salón ("*Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...*").

De golpe, todos se callaron. Se me corta el aire y no puedo respirar ("*venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*"). *¿Que me pasara?*

- *Botón de mierda* - grita uno.

- *Yo no botoní a...*

No alcanzo a responder. Un golpe duro y seco, estalla en mi columna a la altura del omoplato. Luego me rodean, me llueven golpes y cachetazos en la cabeza. "*Pa - papapa - papapa - pa*" Una metralleta de trompadas cae sobre mi cuerpo. Me tiro hacia delante acurrucado y me cubro con los brazos.

El que empezó pegando, sigue descargando en exclusiva su veneno. Es el que más me hace doler. Otros dos, a cada lado de la espalda, también descargan su furia en exclusiva.

La cabeza se sacude y cada golpe me marea. Me hormiguea la cara. También están pateándome, pero eso duele poco. Espalda, cabeza, brazos, piernas. Todo rebota. Todo se repite, grotescamente.

- (*¿Cuándo paran? Por Dios ¿cuándo paran?*)

Escapan cada uno hasta sus bancos. Los golpes fueron fuertes e hicieron mucho ruido, alertando al celador. Cuando este regresa, todos muestran su mejor cara de "*yo no fui*". Todos, menos yo, que me retuerzo del dolor. Me señala con el dedo y vaya a saber, invocando a qué injusticia, me dice en la cara:

- *Tiene cinco amonestaciones por promover desorden en el aula.*

Los demás se ríen. Calumniado, golpeado, amonestado. Imposible demostrarles que no fui yo. Me avergüenzo de no manejar mejor en esta vida. Lloro y me muerdo de dolor. Pero sigo siendo yo, y es mi mayor consuelo.

Me cuesta mucho llegar hasta mi casa. Al dolor intenso de la espalda y todo el cuerpo, se suman repugnantes náuseas. Orino color sangre. No digo nada a nadie, pues tendría que dar explicaciones y solo recibiría reprimendas. Como puedo, llego hasta mi cama y me tiro en ella tan largo como soy...

En sueños, aparece una mujer de pelo negro, largas trenzas y vestido rosa. Estoy tirado en el suelo, pero se agacha hasta mi oído y me susurra

- *No permitas que la maldad de algunos, te quite tu bondad...*

Alumnos machotes, cien por cien.